

F. GAMBOA

de los dedos, de rodillas, prosternados, mendicantemente tendemos las manos á la lluvia anrea, que, como una maldición azota en su caída á la tierra y á los hombres!...

Covarrubias, grave, se mordía los labios; Carolina acercábase más á Salvador, cual si con él quisiera compartir los peligros y desgracias que anunciaba en sus profecías pátmicas; y Salvador, luego de cobrar arrestos y de oprimir dulcemente las manos de su compañera, continuó hablando...

... La inundación adelanta, y conforme adelanta truéca-se en incontenible, se palpa el riesgo, se adivinan las resultas... Espantados entonces de la propia obra, querriase atajar el mal, ó encauzarlo para que nos aprovechara tan sólo, mas lo estéril del deseo tardío, surge; por donde quiera mirase el agua, anda y anda, sube y sube, acamando espigas, doblando vidas, segando esperanzas, hollando patria... Entonces querriamos deshacer lo hecho, aun devolver las impuras riquezas improvisadas, los maldecidos *treinta dineros* que nos queman é infaman... pero no es tiempo ya, el agua sube, el agua ambula, y los arrepentimientos, las lamentaciones, los propósitos de enmienda, los votos y promesas de expiación han llegado tarde; el agua ambula, el agua sube hasta las cumbres, hasta las frentes, hasta las almas... y las almas desesperan, humillanse las frentes, las cumbres se derrumban, y únicamente flotan, por sobre la mole de agua insensible, para del todo sumergirse más tarde, desechos y residuos sin forma ni nombre, maderos con carcomas incurables, guñapos de ideal, desesperanzas infinitas, dando tumbos, cayendo, levantando, golpeándose, rechazados de todas las orillas, sin áncoras, sin velas; condenados á flotar á la ventura, según su consistencia primera, por minutos ó por siglos, como restos y desechos de un gran naufragio; según

RECONQUISTA

flotan y sobrenadan los desechos y restos de las naciones conquistadas y de las razas errabundas: las Judiadas sin ventura, las Polonias de gloriosa fama y los Transvaales de memoria heroica...

Covarrubias se levantó de la mecedora, en silencio; fué y se asomó á la calle, por cima de la citarilla, y regresó al matrimonio, que también callaba.

—¿Y el remedio—preguntó angustiado,—esa arca de que hablaste... es tiempo aún?...

Alzóse de hombros Salvador. ¿Qué sabía él?... Creía que sí, siempre que los intelectuales se lo propusieran; los intelectuales, que en todas partes son los hechores de la historia; los que organizan y á cabo llevan las revoluciones; los que atajan los cataclismos nacionales; los que en 89 cambiaron la faz del mundo; los que quizá mañana cambien la de Rusia... Los intelectuales podrían tal vez, si honradamente se consagraran á construir el arca de salud, primero, y á tripularla, después; pues si el mal era intenso, intenso tenía que ser el esfuerzo para combatirlo. De otra parte, sería romanticismo puro pretender que en pleno siglo XIX se edificaran nuevas murallas chinas para aislar á los pueblos débiles de los pueblos fuertes; no, Salvador no pretendía tal disparate; hoy no era dable contener ni estorbar las migraciones de los más civilizados; lo que se hace es abrirles las puertas á fin de que no las echen abajo; pero se les abren bajo condiciones, precaviéndose contra la entrada en tropel ó la permanencia perjudicial, dado que tampoco hoy deben de ser dables la conquista ni el despojo. Hoy se divisan con claridad mayor, aunque bien distantes todavía, edades menos infortunadas que las que vamos dejando atrás; naciones que á un mismo tiempo han acumulado la civilización y la fuerza, y en sagrado depósito consérvanlas para verter la una y emplear la otra

F. GAMBOA

en beneficio y defensa de los pueblos atrasados. Hoy colúmbrase la ciudad ideal, la que han venido edificando los hombres buenos con objeto de que en ella repose y viva esta humanidad fatigada de su peregrinación de siglos por los desiertos de injusticia, por las estepas de odio, por las pampas fraticidas...

—¡La quimera!—murmuró Covarrubias tristemente.

... Mas para llegar á su recinto ¡que de llegar tenemos!—siguió Salvador sin parar mientes en la desconsolada interrupción de su amigo—hay que desconfiar de los falsos guías, de los pueblos idólatras del oro principalmente, que derraman éste, convencidos por propia experiencia de que todo se le doblega y esclaviza, de que á su empuje lenón y mudo las fortalezas más inexpugnables capitulan, vacilan las honradeces, las vírgenes se desnudan y venden, las virtudes expiran... ¡Hay que esperar, las horas de las horas, los días de los días, los siglos de los siglos; esperar y confiar en que tal pueblo existe, ó está en formación, ó se formará mañana, allá, quién sabe dónde, en algún rincón del planeta!... Un pueblo redentor, sin remordimientos en su conciencia ni sangre de patrias ajenas en sus zarpas, cuyo cerebro haya vivido siempre en la luz y su corazón en el amor; un pueblo redentor que arrastre á los demás con su ejemplo, que no emplee ballestas, ni hurte tierras, ni mate á hermanos... un pueblo imposible casi, ó tan lejano por lo menos, que es igual que no aliente nunca para nosotros ni para los hijos de nuestros hijos... por donde sólo debemos considerarlo...

—¡La quimera!—insistió Covarrubias.

—¡La quimera, sea, la quimera!—repitió Salvador por dos veces,—y como tal quimera considerada, adorarla en el pensamiento y procurar en la obra su realización problemática, sin egoísmos, sin aferrarnos á que lo que no

RECONQUISTA

podemos ver concluido, á nadie beneficia; antes convencidos de que nuestra vida, por prolongada que ella sea, en la vida universal es un segundo, y que ningún esfuerzo, si es bueno y noble, se esteriliza ni pierde... Y me apeo de las nubes ¿eh?, y ya de tejas abajo, te digo lo que en un principio te dije: que únicamente los intelectuales podríamos, queriéndolo, intentar la portentosa cura, despertar el país que duerme amodorrado sin nutrir una sola esperanza; enseñarlo á andar, á leer, á cumplir sus obligaciones y á demandar sus derechos... Pero nadie querrá, ya verás cómo nadie quiere, cómo seguimos igual, ó peor, distanciados por envidias pequeñas, devorándonos los unos á los otros en irreconciliables cenáculos, entregados á preciosismos inútiles ó á ditirambos mentirosos, para medrar. ¡Tanto como yo lo sabes tú, si no mejor! ¿Qué vamos á hacer de provecho, si nuestras fuerzas, con ser tan poquita cosa, aún las acertamos y empequeñecemos más con nuestro criminal encogimiento de hombros frente á lo más serio, frente á lo más trascendental, frente á lo más solemne?... Si, por ejemplo, me hubieran oído á mi esta noche, ¡imagina la algazara, y las risas, y las burlas!... Y, sin embargo, yo aborrezco el arte estéril, no creo en la doctrina de «el arte por el arte», no, no creo, jamás creí; y si fuese verdad, yo no sería artista, sería cualquiera, una unidad silenciosa, una partícula trabajadora de la multitud... Yo amo el arte viril, sacerdote y apóstol; el que se consagra á consolar, cuando no atina á redimir; el que lucha por hacerse escuchar de los desheredados de este mundo; el que fustiga á los tiranos, á los sátrapas, á los caciques; el que se yergue ante los gobiernos poderosos, y como escudo invulnerable y magnífico, opone á sus rayos y á sus iras y á sus persecuciones, la suprema belleza y la verdad suprema; el que no se deslumbra con las pedrerías de los

F. GAMBOA

tronos y de las coronas y de los cetros; el que llora con el pueblo y á él se inclina piadosamente, y lo acompaña en las noches sin término de su ignorancia, y le promete vengarle, reclamar en su nombre con la magia del verbo, con la gloria del color y con el hechizo del sonido, todas las grandes reparaciones, todos los inmensos desagravios que le son debidos. Yo amo el arte que sin menoscabo de su majestad, se simplifica para que lo comprendan las muchedumbres encadenadas á las desigualdades seculares y á los abusos y despojos milenarios; el que restaña la sangre de las viejas heridas incurables; el que enjuga los viejos llantos perennes; el que unge los oleos curativos y consoladores; el que no siente ascos por las llagas y las pústulas y los cánceres de los irredentos; el que exige pan para los ayunantes, techo para los vagabundos, abrigo para los desnudos, que las migajas de los ricos ahitos y de las sociedades indiferentes y leprosas vayan á las bocas trémulas de los menesterosos ávidos; el que á la cabeza de la legión sin fin de necesitados y de víctimas, va apartando de los hinchados y sangrantes pies desnudos, los abrojos y ciénos del camino, y apuntando á la revancha, á la reivindicación, á la luz... Yo amo el arte que con la peña esculpida, perpetúa la memoria de las hazañas y de los héroes; que con el papel pautado entona las cantigas de los humildes y los himnos sonoros de los castigos y de las victorias; que en el cuadro compasivo—dado que para entender su asunto basta con mirar, así no se sepa leer,—enseña las resistencias de los oprimidos, los triunfos de los inermes, el aniquilamiento de los crueles y la muerte de las injusticias; el arte que con el libro despierta las conciencias, predica las venganzas justicieras, pone al descubierto las podres de los martirizados, las ansias de los ilotas, los derechos de los parias, y clama valientemente porque el mun-

RECONQUISTA

do deje de ser el valle de las lágrimas y se transmute en la sabana inconmensurable de amor, trabajo y paz, congestionada de mieses de oro y de espigas de esperanza...

Y al decir esto, Salvador se irguió, en el silencio de sus oyentes, en el silencio de la noche caminante, y tendió su diestra con ademán misericordioso y amplio, que abarcó el universo.

—...yo abomino del arte inútil y blasfemo—continuó en voz más ronca, sentándose otra vez,— que se aísla para producir, que sólo produce para los iniciados, que se pasma frente á lo ininteligible y complicado, que se declara aristocracia intelectual, y, como todas las aristocracias, desdeña á los de abajo... Abomino del arte de los neurópatas, de los exquisitos, de los raros. ¿Qué bienes ha realizado? ¿De qué sirve á los que han menester de ser enseñados?... Odio lo deforme, á los cantantes eunucos de las Sixtinas inquisitoriales, porque para embellecer sus voces han debido castrarse, y eso no es arte; tales cantos, por bellos que resuenen, ni al mismo Dios han de serle gratos, supuesto que los hombres que los entonan, para entonarlos, infamaron al hombre y escarnecieron la vida; eso no es arte, será vesania, un capricho morboso que idearía algún pontífice envenenador y degenerado. ¡Mira, en cambio, á los griegos, á los romanos anteriores á la decadencia; mira el Renacimiento en Italia, en Holanda; mira á Rembrandt, á Rubens, en Flandes; á Alberto Durero, en Alemania; al Ticiano, en Venecia; mira á la trinidad excelsa: Leonardo, Miguel Angel, Rafael!... ¡Esos sí que fueron hombres!... Pasa á tu oficio, y mira á Shakespeare, á Cervantes, á Goethe, al Dante... Anda á la música, y mira á Beethoven, mira á Mozart... ¿Por qué sobreviven?... ¡Porque fueron artistas-hombres, engendrados, potentes, hombres, hombres, hombres en constante nup-

cias prolíficas y sanas con la vida y con la belleza! Y ahí tienes á sus hijos: bellos, vivos, fuertes, eternos, riendo de distancias y de siglos, inmortales, benéficos, nobles...

—Sí— exclamó Covarrubias,— tienes razón, el arte apóstol, como tú lo llamas, nunca jamás cultivado por nosotros... Pero aún es tiempo, hasta para mí mismo, para mis libros futuros, en los que podré ayudar con mi grano de arena á esa gran fábrica que, cual un iluminado, acabas de predecir... Sí, tienes razón, para dar cima á la magna obra que se vislumbra apenas, bueno es ir convirtiendo hacia ella las energías latentes y las voluntades dispersas; que, en último caso, bastará con que cada cual, aunque no sea intelectual ni artista militante, contribuya con el ejemplo aislado... ¿No es esta tu doctrina?...

Salvador, abstraído, asintió con la cabeza á la pregunta de Covarrubias, pero atendiendo más al curso de sus propios pensamientos, agregó:

—Yo acepto tu contrato, desde luego, y hoy con mayor motivo, verás por qué: porque he reflexionado en que es esta conyuntura excepcional para poner en práctica lo que predico... Sí, la idea me ha venido ahora mismo, y la encuentro de perlas... Me lanzo á la construcción del arca que, según yo lo entiendo, ha de salvarnos de los efectos de la inundación, quiero decir, que me lanzo, no á la construcción total, que ni tan presuntuoso soy ni la empresa es de uno solo, pero sí á clavar la enadera que me corresponde... Luego vendrás tú, vendrán los otros, vendrán todos, y cada cual clavará la suya, inteligentemente, de buena voluntad; y el casco irá creciendo, y podrá navegar y resistir, no digamos inundaciones traicioneras, ¡hasta tempestades, Julián, las más deshechas borrascas!... Verás, verás, ahora verás lo que he pensado...

Pidió cigarrillos á Carolina, que se entró á sacarlos de

la vivienda, y mientras los cigarrillos vinieron y fueron encendidos, Salvador permaneció con la vista clavada en las estrellas, sonriendo á la idea bienvenida...

—¿Qué es lo que solicita ese «Out... demonios?»... Sencillamente, que un pintor mexicano le envíe una galería de tipos nacionales, lo más característico, lo que nos presta sello individual, lo que nos define é impide que se nos confunda con ningún otro pueblo de la tierra ¿no es eso?... ¿Móviles suyos?... ¡Nada, saciar la curiosidad voraz de que se hallan atacados los buenos de los yanquis por leer y mirar á bajo precio los tipos y sucesos de las nacionalidades que los interesan, así las supongan y proclamen inferiores á la suya propia! Si á tal manía agregas y sumas los intereses especialísimos que por México nutren, comprenderás que un periódico pague tan liberalmente, al parecer,—que para negocios se pierden de vista,—una colección de figuras que por modo gráfico les patenticen lo que somos, ¿verdad?... Pues he aquí que el pintor elegido para consumir la tarea exhibicionista, yo, Juliancillo, yo, aunque también doblegado por los síntomas de la «conquista pacífica»—*compra*, la denominaría más propiamente,—aunque doblegado y habiendo menester para vivir de algunas gotas de esa su lluvia de oro, no quiero que despertemos compasiones ni ascos á mercader alguno, ¡que no quiero!..., «de mi rey, solo yo», reza el proverbio y reza perfectísimamente, y doy con una salida que todo lo concilia: de mi paleta brotarán los tipos nacionales, ¡para eso me pagan!, pero brotarán los que no nos afrentan, y que por su miseria material y moral á trogloditas ó á aduar africano nos equiparan, ¿no te parece?... Que esos tales se queden vivos y ante nuestros ojos, á fin de que no se nos olviden, como diríase que se nos han olvidado, á pesar de que nos atajan y estorban el adelantar y el en-

cumbrarnos. ¡No seré yo quien saque á la luz nuestros defectos y dolencias! ¿Acaso nada poseemos que admiración merezca y aun aplauso? ¡Quédense junto á nosotros los infelices que no hemos sabido ó no hemos querido levantar hasta la altura nuestra, que, diminuta y todo, es gigantesca si á la bajeza suya comparámosla!... ¡Quédense con nosotros los analfabetas, los criminales, las mancebías y los piojos, los chiquillos tuberculosos y los padres alcohólicos, los reñidores y los *ratas*, los obreros viciosos y los jornaleros medio imbéciles, las pestilenciales casas de vecindad y las cárceles pululantes; todas las llagas sociales que hemos dejado que se agusanen, limitándonos, si acaso, á taparnos las narices y á volver el rostro!... ¡Ojalá y el mal se agrave más todavía, y la gusanera se nos encarama, y los piojos nos devoren, y por egoísmo al menos nos veamos obligados á sanear, á limpiar, á ventilar!... ¡Quédese todo eso para nosotros, cual bajo las ropas y para que sólo el médico las examine y cauterice, se quedan las úlceras de los enfermos! Que los extraños vean las partes sanas, que también poseemos al igual que todos, ¡qué diantres!... pues si es cierto que no andamos muy abundantes en salud, ¿qué cuerpo social puede vanagloriarse de nunca haber padecido roña y de no estar expuesto á que cualquier vientecillo se le cuele y me lo deje seco?... Y como los remedios, de nosotros mismos han de venirnos y no de fuera, daré suelta á tipos sanos; no quiero que nos ocurra lo que á España, á la que el primer pintamonas, con figurar un muñeco de calañés, manta cordobesa, navaja al cinto y castañuelas en las manos, cree que ya la representó y se queda tan campanel!... ¡No!... ¿Quieren mexicanos? Mexicanos tendrán: el de traje de cuero y sombrero jarano y galoneado; el apasionado de la mujer, del caballo y de las armas; el celoso

de su independencia, de su libertad y señorío; el defensor de la tierra que habita; el matador de invasores, á los que pasma por su estoicismo frente á la muerte; el que sólo de los suyos consiente yugos y desmanes; el que no puede contener á su *retinto* que huye despavorido montes arriba, asustado de la locomotora, jinete y bruto pugnando por entender el prodigio ambulante que se adueña de las planicies, alturas y precipicios en que ellos eran los amós únicos... Pintaré al mexicano trabajador y sobrio, aunque muy pocos sean, con que uno exista me basta; al que labora en ese mismo ferrocarril; al barretero que desde la Conquista extrae los metales preciosos de las ocultas matrices fecundas de las rocas de nuestros Andes; al cultivador ignorante y sencillo de nuestros campos feraces, y si aun en estos, equivocándome yo, máculas se advirtiesen con mis pinceles, se las he de borrar, Julián, ¡te lo prometo!, ya que sólo con mis pinceles puedo borrarlas...

Como lo prometió, lo hizo.

Su galería de tipos nacionales comenzó á trashumar periódicamente; á mostrarse del otro lado de la frontera, según lo había ofrecido; un tantico idealizados, mentirosos algunos... Mas lo que le decía á Carolina, muy preocupada de los compatriotas viajeros:

—Estos que se marcharán mañana, no son precisamente cual yo los despacho; pero consuélate, hija mía, así debieran de ser, y así serán... alguna vez.

Lo que por lo pronto le resultaron todos, fué agradecidísimos. A semejanza de los emigrantes sentimentales que no se olvidan de los parientes y amigos dejados en el rincón adorado de las patrias viejas, cuando á ellos en las patrias nuevas y adoptivas la fortuna les sopla y el bienestar los arrulla, y en los primeros tiempos de la

F. GAMBOA

acomodación en las playas lejanas y en los soles pródigos envían los ahorros de la labor ingrata amasados entre lágrimas, sandades y nostalgias, y les envían después, ya en la abundancia y en la palingenesia, las gruesas sumas curatrices y libertadoras de penas, las sumas que iluminan con sonrisas de agradecimiento las caras rugosas de los padres encanecidos sobre el surco y el arado, las sumas que dotan á la hermana doncella y hacendosa de la casuca prendida en las escarpaduras montañosas, para que honradamente se ayunte con el novio, así los mexicanos pintados por Salvador enviábanle á cada correo el dinero ganado en tierra extraña, saciando curiosidades y despertando codicias. Indudablemente que mucho gustarían, pues la empresa del «Ontlock» aumentó salarios, pidió más, un nuevo contrato en el que pactóse que Salvador, amén de las portadas, habría de remitir trabajos mayores, un pliego entero que se pagaría á cincuenta dólares.

—¡Vengan escenas, cuadros completos!—pedíanle.

Y Salvador se los mandaba, de verdadero mérito, estimulado por las utilidades, y en el fondo ufano de que sus compatriotas, mejorados con su paleta y su cariño, tan buen papel hiciesen y tanto los aplaudieran por aquellos centros populosos y cultos.

En la vivienda del artista todo era transformación y alegría. Los días que se cambiaban los giros postales con un ciento por ciento de ventaja, en fiestas transmütábanse; se invitaba á cenar á Covarrubias y al galeno; llegaba el boato hasta permitirse su docena de «Toluca Extra», y se bordaban planes, arreglábase el mundo, se perfeccionaba á México. Salvador encomiaba á Carolina, declarábala autora única de aquel bienestar que lentamente tornaba á alegrar al pintor, á tolerarle que volviera á soñar con sus telas inconclusas, con su lienzo de toda la vida: el gran

RECONQUISTA

cuadro en que, palpitante, el Alma Nacional demandaría socorro...

Sin fingidos pudores ni modestias falsas, Carolina repónía cosas y sucesos en el sitio que á juicio suyo correspondía, radiante de que Salvador bautizara ya á su cuadro con el dulce nombre de «Alma Nacional»; radiante de ir alcanzando calladamente y explotando á favor de su causa los acaecimientos, los parciales triunfos que alcanzaba en espera incansable de alcanzar el definitivo y último. Ella no era tal autora del bienestar que paso á paso tornaba, era una de las más beneficiadas; pero el autor, y Salvador hartó que se lo sabía aunque resistiese proclamarlo cual ella proclamábalo á voces en todo tiempo y lugar, de rodillas en acción de gracias, ¡el autor era Dios!...

Si á mitad de las cenas daba Carolina esta respuesta, Covarrubias y el médico la reforzaban con la actitud y con sus dichos; y Salvador callaba, poníase meditabundo unos instantes, sin protestar contra la invocación tan á menudo empleada por la esposa, sino reconcentrando su pensamiento, que fluctuaba. Si á solas marido y mujer la escena repetíase, á maravilla aprovechaba Carolina tan significativos silencios. Conociase, sin embargo, que Salvador reaccionaba á poco de pasado el conflicto mental, y que se asía á las doctrinas negadoras, á la duda que le había roído y desmenuzado—¡arrojándolas á quién sabe qué abismos y simas!—sus creencias de antaño. Porque, luego de salir de esa especie de recogimiento, del soliloquio mudo, en el que vaya usted á saber lo que se diría y argumentara, torcía los rumbos de la charla sin aludir á lo que adrede simulaba que le interesaba apenas, y con cierto aire de superioridad hablaba de asuntos que ni remotamente los llevasen al atascadero. Sí, se había obtenido una ventaja, que Salvador no se burlara ya, ni combatiera, á los que creían.

F. GAMBOA

Ni una sílaba oponía, y, á lo sumo, cuando por directo modo interpelábanlo ó de entrarse trataban en su silencio, clavaba él la vista en la ceniza de su cigarrillo y encogíase de hombros, igual que enfermo desahuciado ó que un sano que asistiera á enfermos. ¿En cuál de los dos sentidos encogeríalos?... Tal incertidumbre acongojaba á Carolina, acongojaba más al mismísimo Salvador, que no atinaba á libertarse de ella, ora inclinándose á un extremo, ora al opuesto. Lo que es mansedumbre, sobrábale; serio y en calma dejaba que Carolina reputara milagro, por ejemplo, cuanto de bueno les ocurría á partir de su propio encuentro y del matrimonio que le había seguido:

—A ver ¿no era todo milagro, y milagro patente?...

En ocasiones, Covarrubias terciaba, hasta pretendía dárseles de hombre de ciencia, apelando á argumentos trascendentales:

—¿Es ó no milagro nuestra vida misma, la que, á pesar de riesgos y peligros internos, externos y circundantes, persiste en su funcionamiento portentoso?...

Salvador echaba mano á su enigmático recurso de alzarse de hombros, y al caballete se llegaba á seguir embelleciendo y despachando mexicanos al otro lado de la frontera. Así sería.

Mas por sus adentros las cosas caminaban diversamente, librándose en su cerebro frecuentes y recias peleas. Algo íntimo exhortábalo, en efecto, á cuando menos reconocer una serie de casualidades y coincidencias en su favor ordenadas; á muchas les hallaba naturales y lógicas explicaciones, ¡pero á dos ó tres, no! Con ganas de salir de aquel limbo incoloro á que desde la escuela habíanlo desterrado, en el cual sólo al pronto y por corto tiempo instalóse á gusto, ponía de su parte voluntad y esfuerzos por tornar á las creencias desertadas, en las que, evocando sus

RECONQUISTA

recuerdos, hacía memoria de haber hallado consuelo para vicisitudes y enojos. Y con tanto ahinco dábbase á esta reconstrucción mental, que antojábasele empresa fácil y de poco momento ir y guarecer sus dolores, sus desengaños, su gratitud de hoy, al templo que casi de bulto se perfilaba dentro de su cabeza soñadora. Interrumpía su labor, estupefacto del portento que proponíase publicar á grandes voces de fe y enmienda; y de súbito unas ocasiones, lentamente otras, despiadada siempre, la duda se aparecía y minaba, minaba el templo erigido á costa de tantos afanes, ó de una dentellada echábasele abajo, al modo de las criaturas que de un soplo derrumban sus castillos de naipes. Cerraba Salvador los ojos frente á la demolición instantánea, y vuelta á construir, á remover escombros, á mejor plantar los cimientos; lo que lo convencía de que ni la duda era suficientemente fuerte para de una buena vez arrasar el terreno y cubrirlo de sal que estorbaba hasta el nacer de la más diminuta brizna de redención y de confianza, ni la fe ¡ay! que por resurgir esforzabase, á cuyo resurgimiento ayudaba él, era viable... Triste de aclarar que en su actual estado de ánimo no podía ser creyente á las derechas ni incrédulo de una sola pieza, dejaba al tiempo la solución del conflicto, afanándose, eso sí, por perfeccionar su individuo y no regresar á las andadas con los amigos y «hermanos» de borracheras y demás vicios. No rompía con ellos ni á nadie predicaba que lo imitase; él seguía su ruta, ya gustaba del ahorro y maldecía de las deudas, por lo que nos humillan; ya, á cierta hora, á su casa se recogía sin ceder á influjos ni tentaciones.

En esa quietud, precursora quizá de otras de mayor entidad, libertando muebles cautivos en empeños y montepíos; adecentado su pergeño y el de Carolina; pagándose una fámula que sacudía la vivienda y auxiliaba en los

F. GAMBOA

guisos; adherido al caballete, le cayó la noticia inesperada, la carta afictiva de Evangelina notificándole su viudez y el desamparo de sus tres retoños, allá en el rincón chiapaneco en que soterrada vivía desde su matrimonio. Todo un pliego manuscrito á las volandas, á raíz del suceso, sin concierto ni orden, atropelladamente pormenorizando las fases del drama: la fiebre maligna de cuatro días de duración, ella carente de apoyo, sin recursos para enrostrársele á la desgracia que abatía. «...Acaba de pasar el entierro y estoy llorando con mis dos hijos mayores, y dándole el pecho al último... Me ofrecen por los muebles doscientos pesos, y ya acepté, porque con ellos me alcanza para el viaje... Pídele á Dios que nos acompañe en el camino, y hasta muy pronto que te abrazará tu desdichada hija...»

No tuvo Salvador que proponer á Carolina, concluida la lectura, lo que en el fondo proponíase llevar á cabo. Carolina se le anticipó:

—Mañana buscaremos casa, en cualquier rumbo, porque aquí es imposible que quepan... Y telegráfale, telegráfale hoy mismo que la aguardas, que se apresure, que nada le faltará á tu lado...

No obstante que Salvador iba habituándose á la altura moral de Carolina, este nuevo rasgo, esa naturalidad para compartir sus escaseces con la hija de otra mujer que él quiso—porque Carolina hallábase al cabo de que Salvador había querido, y mucho, á la pobre de Emilia,—lo deslumbró. ¿Sería posible, pues, domeñar á tal punto las propias pasiones, sujetarse á disciplina semejante y aceptar la existencia en cualquiera forma que se nos presente?... Como se sintiese pequeño y muy inferior junto á su esposa, tuvo un raptó explicable de exasperación y trató de irritarla:

RECONQUISTA

—Por supuesto que le telegrafiaré ¡ya lo creo!... ¿Pero has pensado en que la venida de Evangelina nos significa volver á la miseria de que apenas salíamos? ¿Que tú, la primera, sufrirás privaciones, mayores tal vez de las que conmigo sufres ahora y de las que sufriste antes, de huérfana?... ¿Si no se avienen ella y tú? ¿Si sobre las privaciones te llueven disgustos, y me llueven á mí, que estaré en medio de dos cariños?...

Frunció el ceño Carolina con alguna de las preguntas, cual si sospechara de los móviles de su marido; mas luego sonrió, como sonreía siempre ante las debilidades ó asperezas de Salvador, y fué y le descolgó el sombrero, le tendió el bastón:

—Anda, márchate al telégrafo y pregúntale la fecha en que calcula llegar, para que vayamos á encontrarla...

Por los términos de la Colonia de Guerrero dieron con aceptable vivienda: cinco habitaciones, la cocina inclusive, y una azotehuela de mediano tamaño, donde solear la ropa lavada; pero dieron también al traste con los flacos ahorros de Carolina al comprar los muebles indispensables para la viuda y la pollada. Covarrubias contribuyó con una consola anciana y el doctor con un par de colchones de lana aséptica, que le vendían á él más baratos que al público. Así y todo, los mexicanos viajeros ya no produjeron lo bastante. Fué de balde que Salvador los ofreciera en mayor cantidad, que insinuara que lo que le pagaban no estaba en relación con el trabajo; los gringos no apetecían aumentos ni el artista podía salirse sin riesgo de los férreos eslabones del contrato.

En la flamante casa, con la penuria y el malestar asomaron los disgustos. Los primeros días, hasta los chicos guardaron compostura; la vista de Evangelina removió en Salvador fibras recónditas, adormecidas reminiscencias,